

doctor insistía y se deshacía en repetir que Onarro cuando murió no estaba solo; que por fuerza le acompañaba otra persona, y que había que buscarla para que diera luz en tan oscuro asunto. Rióse el público unánime de la pesadez y flema de aquel personaje, y sobre todo de su paletó, de la caja de instrumentos geológicos que llevaba terciada siempre, y del poquísimos chiste, garbo y soltura que le distinguían. Él, sin embargo, se mostró satisfecho de ver los monumentos característicos de Santiago, y manifestó pena cuando, persuadido de lo infructuoso de sus pesquisas, tuvo que incrustar de nuevo su desairada persona en la diligencia. El único resultado de la visita de aquel ente á nuestro país será acaso algún libro atestado de curiosas noticias y eruditas impresiones de viaje.

FIN

EMILIA PARDO BAZÁN

DISCURSO

EN LA

VELADA QUE LA CIUDAD DE SALAMANCA CONSAGRÓ

Á LA MEMORIA DEL POETA

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

EL 26 DE MARZO DE 1905



Calle d

cipal

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

SEÑORAS, SEÑORES:

El favor que os debo al haberos acordado de mí para asociarme á vuestros amores y admiraciones, á vuestro duelo por la temprana muerte de un hijo de bendición, me manda empezar por cláusulas de reconocimiento, rogándoos que en esta hora deis por borradas y suprimidas las diferencias de solar regional ante el alta comunidad de patria, y me aceptéis y reconozcáis, siquiera temporalmente, por algo propio, como á persona á quien no os aproxima solamente un azar literario, sino que ya os aproximaba calladamente mi simpatía hacia el núcleo de la nacionalidad, la tierra castellana; simpatía profesada antes de que me llamasen aquí bondades inmerecidas y desventuras imposibles de prever.

No atribuyáis lo que ahora diga á ese deseo de acariciar el alma de los que escuchan, en quien usa de la palabra disculpable. Confieso que me atrajo á esta velada la persuasión de que res-

ponde á pena verdadera, colectiva, á entusiasmo no facticio. Hay en vuestro dolor por la pérdida de un poeta nacido en vuestro suelo, embestado en vuestros quereres y sentires, algo que satisface mi afán de descubrir indicios de vitalidad, y de una vitalidad ennoblecida por el desinterés, por la comunión social de los afectos más puros. ¿Qué pierde una comarca al desaparecer el artista que la comprende y traduce? Pierde algo espiritual; algo que no se mide ni se tasa, un fragmento de infinito. Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan de precio cuando un poeta fenece, cuando enmudece un ave cantora; los impuestos no aflojan ni aprietan, no se interrumpe el funcionalismo político, no se cierra una tienda, no se rotura un camino vecinal. Con el poeta no se extingue industria, ni se agota mina, ni se desengarza la cadena de bienes y males, de preocupaciones y goces cotidianos. Y, sin embargo, con instinto admirable los sencillos y humildes, con lúcida conciencia los superiores é inteligentes, habéis hecho fondo común de esta pena espiritual, y, según noticias que han llegado á mí, labradores y señores andan en esto compenetrados, según conviene andar en lo que atañe á todos, porque la poesía de Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos, en la comunión de sus temas y el amplia humanidad de sus acentos.

Late también en el recuerdo caluroso y vivaz que consagráis á un poeta—y permitidme que analice estos fenómenos del corazón—la queja de una comarca que se cree injustamente olvidada ó desestimada, y que bajo el lento desgaste de la indiferencia, peor que el odio, se retuerce gritando que ~~no~~ sólo existe, sino que es dignísima de existir. Con motivo de la velada que Valladolid consagró al mismo que hoy conmemoramos, he leído en los diarios, reiteradamente, párrafos de protesta. Castilla se juzga tenida en menos; Castilla pide que se justiprecien sus glorias. A esto ha llegado Castilla, la Castilla asombro del mundo, por vicisitudes históricas y fatalidades ó yerros, que de todo habrá; á esto ha llegado, encarnando en su decadencia la de España, á quien representa eminentemente, y á quien imprimió dirección y señaló rumbo en los días fúlgidos de nuestra hegemonía. Para mí, nacida y criada en tierra gallega, resuena extrañamente la queja castellana. Suponía yo que tal lamento era cosa peculiar de mi país, una forma de su morriña. Dentro de la patria, creíase no sólo postergada Galicia, sino—y con fundamento—escarnecida cruelmente. Desde el siglo xvii, Cervantes, reflejando con su habitual fidelidad de espejo ideas al uso, y refiriéndose, por cierto, á la turba estudiantil que se congregaba en los

claustros de esta Universidad, nos dijo que de los gallegos no hay que hacer cuenta, porque “no son alguien,”; y D. Luis de Góngora y Argote remachó el clavo en venenosa letrilla, que empieza así:

“Oh montañas de Galicia
cuya, por decir verdad,
espesura es suciedad,
cuya maleza es malicia.”

Y sin embargo, Galicia poseía un tesoro de prestigiosos recuerdos; había sido en la Edad Media, por las peregrinaciones, emporio de cultura y arte, y había congregado á las naciones del orbe entonces conocido bajo las bóvedas de su templo, donde la obra más bella del arte cristiano lucía sus intensos colores, hoy borrados casi, como signo de que también la *gloria* empalidece y se desdora al roce de las seculares ruedas del tiempo. En esa comarca, en la cual para el autor de la *Tia Fingida*, si Cervantes la escribió en efecto, los hombres “no eran alguien,” y á la cual después, en el instante de la postración completa del arte español en todas sus manifestaciones, un poetaastro castellano llamó *de España muladar, rincón del mundo*, había nacido quizás, y de seguro desplegado sus alas de ensueño, matizadas

de azul, la poesía trovadoresca, la espuma de los decires y cantares; y de los linajes de Galicia habían salido conquistadores y repobladores para todo el solar de las Castillas y Andalucías; y por eso, al sentar el pie en vuestra ciudad, pienso que en ella me hablan de lo pasado lejanas consanguinidades, que añaden vínculos á los recientes de gratitud.

A esa ley inexorable tenemos que inclinarnos. Cuanta luz hemos recogido del sol en nuestras pupilas no cierra el paso á la noche; cuantas grandezas cataloga el ayer no evitan las menguas presentes. Lo que sucedió se nos va de entre los dedos, porque hay en nosotros descuido en cultivar la tradición, en regar con agua corriente sus duras y viejas raíces.

Se ha afirmado que nos pierde el desviarnos del sentido de la vida moderna europea; debiera añadirse que este desvío va unido al de la tradición, y que somos—pese á las apariencias—el pueblo menos tradicionalista. Ocurre en esto lo que en los idiomas notan los filólogos: y es que ciertas tribus aisladas, atrasadísimas, cambian de idioma cada cien años, hasta el punto de no comprender los nietos la lengua que hablaron los abuelos, de ser ininteligibles los ancianos para los mozos, mientras los pueblos adelantados en las vías de la civilización dan á las lenguas fijeza y solidez. Nos-

otros, tanto como caminar hacia adelante, necesitamos volver la vista atrás, reanudar el hilo roto, pero reanudarlo con interés, no con vano ritualismo que sólo conserve la cáscara marchita y podre, y arrincone lo entrañable, lo que es levadura activa y fondo de solera añeja que envigoriza el recién fermentado vino.

No es ajena al asunto que tratamos esta tesis del culto amoroso que debiéramos tributar á la tradición, no como forma vacía, sino como vital esencia. Nos reunimos aquí para consagrar á un poeta, para ensalzar su obra; somos en este momento para él anticipo de la posteridad y de la inmortalidad. Reciente está su desaparición; dura todavía la emoción que produjo su tránsito, que se dijera presentido en sus versos; nadie ha olvidado su corta biografía; tiene aún este suceso, rememorado por el homenaje que estamos tributándole, honores de actualidad conmovedora. Pero á medida que vayan corriendo las manecillas del reloj; que arranquemos á puñados con las hojas del calendario meses y años del vivir, palidecerá la imagen, y poco á poco Gabriel y Galán ingresará en la cohorte de los insignes olvidados... No os subleve lo que anuncio. Entre las tradiciones españolas, la literaria es de las que total é irremisiblemente ven secarse sus ramas, acorcharse su tronco. No supongáis que el próximo Cen-

tenario del *Quijote* desmiente mi afirmación, tan categórica como entristecida. Examinad bien ese inminente episodio de la vida nacional, y veréis que confirma mi aserto. El *Quijote* es, sin duda, de los productos de nuestra mentalidad, el que más ha irradiado; pero es también uno de los recursos de que España se ha valido para relegar al polvo de los estantes el resto del tesoro literario, y dejarlo allí intacto y quieto, dado en usufructo á la carcoma. Con alardes de admiración al *Quijote* se ha cohonestado el absoluto abandono de los caldeados y amantes místicos, de los sabrosos moralistas, de los discreteadores poetas, de los románticos y pensadores dramaturgos, á quienes, cuando salen por unas horas á la luz de las candilejas, se oye sin escucharles. Del *Quijote* mismo no son tan numerosos los lectores y conocedores como los encomiastas rutinarios. Hay cervantistas fervientes, hay comentadores del último voquible del inmortal libro, contadores de sus vírgulas, discutidores de sus acentos y variantes menudas; pero ¿dónde encontraríamos la generación empapada de ese libro genial, ni de otros libros que debieran ser sal de nuestro pan diario y tuétano de nuestros huesos? Cualquier estudiantillo alemán ó inglés se sabe de memoria sus clásicos, su Goethe, su Shakespeare, y tendría por afrenta que se le sorprendiese ayu-

no de poetas, novelistas, historiadores, trágicos y humoristas. Y aquí, en esta nación donde por las tradiciones se ha ensangrentado el suelo y se han dividido las conciencias hasta el fratricidio, se cuentan los lectores de nuestros ingenios tradicionales, y aquel inmenso río de sentimiento y de pasión, de pensamiento y de ahincada sutileza de estilo, de la mística, del teatro, de la filosofía, parece haberse sumido, como el Guadiana en sus célebres *ojos*, dejando árido el cauce.

Sí; tan muerta está como las restantes la tradición de lectura. Y ¡cuán amargo es decir que ha muerto la tradición, aquí donde todo se nos presenta envuelto en su luz sugestiva de poniente, mil veces más bella que la de ningún amanecer! ¿Qué pasado, qué memorias para evocar como las de Castilla, y en Castilla las de Salamanca? Sobre el férreo crujir de mallas y corazas; sobre el heroico y romanesco recuerdo de los paladines, históricos ó semifabulosos, constructores de la nacionalidad y pilares firmísimos de la independencia, en Salamanca domina otro estruendo, ya alborozado y gárrulo, ya sentencioso y grave; en él se mezclan la controversia docta, erizada de latines escolásticos, las conceptuosas y satíricas redondillas de los vejámenes, los triunfales vítores, las burlas y carcajadas de la novatada

cruel, la salmodia de la lección, los rasgueos de guitarras ante las rejas y el choque de las espadas y broqueles en la riña. Es el bullicio estudiantil; y ese vocerío alegre, que tiene resonancias en la novela picaresca, en el teatro, en la poesía lírica, salta como espuma del hondo oleaje científico, del pozo de sabiduría descubierta en la Edad Media, insondable en los imperiales días del Renacimiento, gradualmente seco cuando fueron secándose nuestras virtudes.

¡Quién pudiera, por arte de hechicería, desandar el camino del tiempo, y transportarse á la Salamanca de entonces; presenciar el animado cuadro de la Rúa, del barrio librero, hormigueando de estudiantes, con sus manteos y sus becas de varios colores; el interminable desfile de alumnos de tanto colegio, los Mayores, los de las Órdenes militares, los Menores, los Eclesiásticos, sin olvidar el de los Irlandeses, que se bañan en el Tormes, así en estío como en riguroso invierno! ¡Quién pudiera penetrar en las aulas, asistir á la tempestuosa lección del catedrático, no perder las escenas de aquella alegre y democrática confraternidad escolar, el modo de vivir de los diversos estudiantes, desde el opulento hijo de familia al humilde capigorrón, que para aprender tiene que ponerse á servir; desde el galán de monjas al *generoso* á quien

hacen tiro busconas y aventureras; y entre esta patulea batalladora, despierta, de roja sangre, destacándose, los tunos y sopistas, de goliardesca memoria, dedicados á la rapiña ó sostenidos por la bazofia conventual, penetrados de la idea anárquica que palpita en la literatura picaresca, ebrios de libertad, de travesura y de vagancia! Y ¡quién alcanzase aquella dichosa edad y aquel siglo bienhadado, los albores del xvi, en que, nos dice Regnier, se apodera de España una calentura de sabiduría: reyes, magnates, prelados, rivalizan en fundar colegios y aulas; en cien años surgen en España veinte Universidades; el marqués de Denia aprende latín á los sesenta de su edad, y las damas arguyen en latín!

Así la mocedad que alborotaba y rondaba, se batía y corría aventuras, como la que silenciosa rompía codos de hábitos de bayeta, á la luz de los candiles que retostaba sus pestañas, oía la voz de los grandes maestros, y su vocinglería era la expansión moza del siglo viril, el de los teólogos, jurisconsultos y escriturarios, el de los filósofos y los políglotas, que llevaron á Trento y esparcieron por Europa nuestro concepto del derecho, nuestros métodos de enseñanza y el vaho de incienso y mirra de nuestro misticismo. Y la más española, la más libre y democrática de las Universidades es la de Salamanca, porque la de Alcalá, según el deseo

de Cisneros, se organiza extranjerizada, á la francesa—*more parisiensi*.

Señores, es preciso insistir en ciertas verdades que sólo son vulgares de puro evidentes y contrastadas. No necesitáis echar mano del caudal de vuestra ilustración: abrid sólo las puertas de vuestra sensibilidad, y percibid la elegiaca impresión de una colosal grandeza que fué, que duró muy poco y que paró, no en trágico desastre, sino en marasmo consuntivo. ¿Cómo discutir siquiera el rápido hundimiento de nuestro poderío, no sólo político, sino mental? Dígalo un testigo ocular, vuestro extravagante y semibrujo Torres Villarroel. "Sabía,—escribe—"que estaba en la tierra de los ciegos, porque padeció entonces la España una obscuridad tan afrentosa, que en estudio alguno, Colegio ni Universidad de sus ciudades había un hombre que pudiese encender un candil para buscar los elementos de las ciencias. Y refiriéndose á Salamanca, añade que era tal la desnudez y el silencio de la soberbia y anciana librería de la Universidad, que ni "en sus andenes ni en sus rincones vió la rebanada de un globo, el aro de una esfera, la zanca de un compás, el farrapo de una carta geográfica."

Breve, sí, fué la preeminencia científica de Salamanca, la fiebre de saber; y nuestra intensa cultura, al morir, dejó sin base á nuestra

conciencia nacional y religiosa, tan noble, tan fuerte; y al punto en que se divorciaron la inteligencia y el corazón, envuelta aquélla en formulismos vanos, máscara de la pereza intelectual y del secreto escepticismo, que siempre tiene cimiento de ignorancia, achicado éste por mezquindades y recelos nimios, viose al suelo moralmente la patria, y aunque el enemigo no traspasase nuestras fronteras, fuimos súbditos. La sujeción de un pueblo se realiza acaso mejor que con la imposición violenta de las armas, con el escamoteo de su espíritu, con la captación de sus energías, con la falsificación de su sér. En la cantera honda de la raza subsistía el instinto de la defensa armada contra la invasión del suelo; pero había desaparecido el de resistencia cerebral, y la resistencia cerebral no se realiza por medio de diatribas contra el extranjero, ni aferrándose incondicionalmente á lo castizo; se resiste eligiendo, creando, trabajando, afirmándose á sí mismo, que es el mayor género de independencia. Por eso, en sus gloriosos días, la Universidad de Salamanca, los Colegios como el de San Esteban, hicieron tanto por la nacionalidad como los paladines y los héroes.

Cuando años hace fui á París, invitada por la Sociedad de Conferencias, á hablar de la España de ayer y la de hoy, llamé á la situación de

nuestros espíritus después de nuestras desventuras, *la muerte de una leyenda*, y á esa leyenda la calificué de *dorada*. La frase hizo fortuna: la leo frecuentemente en diarios, la escucho en conversaciones, y hasta espero que arraigue como modismo. Pero acaso no se interpretó del todo bien el sentido que le daba, y muchos supusieron que yo había negado la realidad objetiva de nuestros timbres y blasones nacionales, como si la leyenda pudiese cristalizar sin positiva armazón. Lo que yo lamentaba era que esa magnificencia del pasado, mal conocida, reducida á enumeración de combates, fuese venda de nuestros ojos, excusa de nuestra inercia y arrullo de nuestra galbana. Eso me dolía, con dolor que no se me ha quitado. Pero ¿negar lo que fué? Aquí menos que en parte alguna. Si se negase aquí, las piedras de vuestros edificios, patinadas también por un sol que parece abermejarlas con oro triunfal, se alzarían contra el blasfemo.

Sin propósito de ganarme vuestra voluntad con el halago; porque la verdad transmana de la boca, diré que aquí estamos en plena leyenda áurea, ¡y qué leyenda! Al venir aquí se llena el espíritu de sonoridades; los ruidos de la batalla son grandiosos, atronadores, pero sobre el estridente clamor de victoria y muerte que viene de los épicos cerros, predomina el otro de que

os hablaba, aquella sinfonía intelectual, y una voz, la de un proyectista, que aquí no fué ahogada por la intransigencia de los frailes, sino antes al contrario, por un fraile atendida; una voz que no decía que existiese un mundo nuevo, porque esa intuición profética nunca la tuvo el insigne navegante y pirata genovés, pero que anunciaba nuevas rutas, exploraciones más allá de lo conocido, y vagas esperanzas en comarcas diamantinas, donde la fantasía enciende sus luminarias y enflora sus encantados verjales. El eco de esa voz se abre paso entre el regocijado bullicio de las aulas; y cuando éste se aquieta, oímos suspensos aquel manso ruido que hace al contemplador olvidar ambiciones y amores, cetro y riquezas...

He aquí la prez de Salamanca. No son su mayor timbre ni las hazañas ni el probado desprecio de la vida; antes aquí el aprecio de la vida, el ejercicio de la mente y el cultivo del arte poética toman forma heroica y preparan á cumplir sin temor la jornada y á mirar cara á cara lo infinito. No templa menos el alma nuestro aire porque esté cargado de doctrina ni porque en él flote el olor silvestre de la poesía pastoril. Los Arapiles no están reñidos con el valle del Zurguén ni con el huerto de la Flecha.

¿Qué mucho, señores, si una ciudad cuya leyenda de oro reviste tales caracteres, una ciu-

dad caracterizada por una institución docente rival de las de Oxford y París, ha parecido lugar adecuado, pese á dificultades prácticas, para soldar memorias y reedificar santuarios; y es milagro que surjan proyectos de congregar aquí, para apurar una gota última del enjuto seno maternal, á la juventud de naciones retoñadas del tronco de España en otros continentes? ¿Debe asombrarnos que la idea de una Universidad hispano-americana y salmantina sonría como sonríen los planes de evasión y las esperanzas de libertad al prisionero, las quimeras de desquite al vencido? ¿Cabe sorpresa, si al recordar que esta Universidad y estos Institutos docentes estuvieron unidos á la vida de la patria por ligaduras orgánicas, y al compás de la patria medraron y descaecieron, se ve en su restauración signo y figura de la nacional, y si propósitos tales sólo parecen irrealizables porque España no acaba de querer rehacerse, ni acierta á inspirarse en las palabras de bronce de vuestra vengadora doña María de Montroy, "no hay cosa más fuerte que el corazón del hombre, y éste queriendo, todo es suyo,"?

No predico innovaciones. Aquí, en nuestra raza, la tradición basta para resucitar. He asistido mil veces, en mi aldea, á plantar árboles. Si el plantón llevaba raíces sanas y luengas, el jornalero auguraba buenas crecederas al ár-

bol joven. ¿Qué plantaríamos en esta tierra ferruginosa de Castilla, que no llevase raíces pletóricas de jugo? Raíces tienen, y chorreando savia, no sólo el estudio, no sólo la dedicación á la Musa consoladora de las amarguras de la realidad, sino otras fuerzas del alma, otros resortes del carácter: el heroísmo, el ascetismo, la contemplación, la resistencia, la fiereza, la humildad, la entereza, la resignación, el misticismo ardiente, el estoicismo impávido... y como testimonio de estas energías adormecidas, que pueden germinar y espigar y volverse pan nutritivo, ¿no comprobamos aquí la limpieza y austeridad de la vida y las costumbres, el sentido moral y familiar, el apego á la labor constante y mansa que abre surco y alza mansión? ¿No es cierto que al enumeraros estas condiciones peculiares de Castilla y de su casticismo, parece que no ya por obra de eventual relación, sino como evoca el retrato fiel la figura, creéis ver dibujarse la del poeta que acabáis de perder, y que en su entidad psicológica os representaba de tan cumplida manera?

Estudiar por qué estas fuerzas y cualidades duermen casi esterilizadas, qué maléficis influjos las neutralizan, requeriría un libro entero. Algunos se han escrito sobre el asunto, y en todos ellos hay rastros de luz y observaciones

para meditadas despacio. Mi amigo el Rector de esta Universidad; los Costa, los Silió, los Macías Picavea, los Alba, los Ganivet y otros escritores de sociología y de etnografía crítica y psicológica, sin hablar de los novelistas y costumbristas, aportaron datos para el esclarecimiento de este problema; y no os aconsejo que aceptéis sus tesis ni la mía, sino que veáis, en los que, ante las enfermedades y desdichas patrias, nos hemos detenido meditando, doloridos ó indignados, á unos españoles de conciencia. Sin que pensásemos lo mismo, acaso nos hizo coincidir el sentimiento.

Que hayamos nacido aquí ó allá, nuestra decadencia es una, una es nuestra tribulación; y la prueba más alta de sentido histórico, en vosotros los castellanos, es no haber presentado como en oposición y antagonismo lo inseparable, pese al capricho ó la vanidad de las cabezas de ratón, desesperadas de no poder ser ¡ni aun cola! del león enfermo de languidez, y resueltas á descuartizar al hermoso felino, en vez de intentar su remedio.

¡Qué sugestivo, hasta para los que nacimos en comarcas tan distintas de ésta, el suelo de Castilla! No es altiplano todo él: tiene sus reales; pero yo prefiero la llanada, quizás porque, sobre su tela sin límites, la memoria y la imaginación bordan y recaman prodigiosas

labores: la primera, sin salir de lo conocido; la segunda, á imitación del hidalgo manchego, sobreponiendo la belleza de su fantástica creación á la desnudez de las apariencias. No ha menester, sin embargo, la imaginación esforzarse mucho para reconstruir aquí el ideal desvanecido, porque son sus colaboradores los monumentos, las costumbres, la raza, en la cual esa tradición—que no invoco contra los tiempos nuevos, sino que llamo, á título de comadrona, para sacarlos felizmente á luz tras el período de gestación oscura—subsiste, difusa, impregnándolo todo. Perdura aquí la substancia y la virtualidad del pasado, y proezas y triunfos, bandos y comunidades, honduras de sabiduría y arranques fieros de voluntad, se reconstruyen con sólo mirar atentamente estos lugares unguados del óleo sacrosanto de los recuerdos. Yo los miro con recogimiento y veneración. Fuera de la iglesia, se reza también.

Quien éntre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombrero, por el naranjo que canta bodas, por la palmera africana de melado fruto, por el haya añosa, por el fresco carbayón; quien pida á Castilla que se engalane con la cinta de azul terciopelo de las rías ó con la verdosa, espumosa orla de los océanos; quien no sepa saborear la poesía inmanente de las castas soledades hon-

das y las grises lontananzas muertas, los interminables despoblados, la escueta línea de los horizontes, los calvos cerros, los madroñales y robledales de achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa ruda,—saldrá de Castilla renegando.—Porque el atractivo de esta tierra no está en la superficie, sino en la entraña; nace de adentro, y adentro vuelve; y por eso se dice, y hay que bucear hasta dar con el sentido de estos dichos, en apariencia vulgares, que ésta es tierra de santos y de héroes, pues el heroísmo y la santidad son las expresiones más acendradas y enérgicas de la personalidad humana; y como no quiero servirme de la controvertida y mal entendida palabra *superhombre*, y como creo que los superhombres no *van á ser*, sino que *ya fueron*, sólo diré que Castilla es, indiscutiblemente, tierra de hombres. De hombres... y basta.

Observad este alto privilegio humano: el hombre vuelve, en cierto modo, á crear la naturaleza. No importa que Castilla sea grave y árida. No por eso dejará de suscitar la idea de la hermosura. Ni la suscitará preferentemente en sus oasis, en las gayas sendas de Galiana, en las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, en las márgenes finamente orladas de juncia del Jarama y del Henares, en los pradillos de Esquivias, donde Cervantes quiso ser

el pastor Elicio, en los remansos pintorescos del Manzanares, en los oteros próximos al Pardo, que la primavera viste, con la floración del cantueso, de tapiz de granates pálidos sobre felpa verde. Más que estas gentiles acuarelas, impresionan las sierras del Guadarrama, encaperuzadas de nieve, ó el cuadro visto en los llanos de Castilla, al cruzar del tren, en ardorosa tarde de Julio: el sol incendiaba los campos todavía; la mies, acabada de segar, los alfombraba, y era una sábana infinita de oro rubio, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los acianos; y el hechizo de tanto fuego y tanto oro, y la mancha intensa del carro cargado de haces y del atezado jayán que guiaba las mulas, me sugerían: "esta hermosura la crean el sudor y la voluntad perseverante, resignada, del hombre, con la ayuda de Dios."

Cuando esta naturaleza sería, contenida, uniforme, se ilumina con cualquier accidente, una noria, una aceña, un rebaño guardado por su Melampo vigilante, — se siente el indefinible halago que causa impensada sonrisa en el rostro macilento y adusto de un asceta, que lo transfigura. — Notemos que los poetas de estas regiones tildadas de aridez, son, en su mayoría, poetas bucólicos, contempladores apasionados de la naturaleza, y que la poesía pastoril ha si-

tuado aquí, y no en otra región española, su Arcadia.

No he de pararme á indagar lo que tenga de exacta y rigurosa la clasificación de las llamadas escuelas poéticas salmantinas, asociando personalidades y temperamentos artísticos muy diversos y aun contrarios; pero si para unificarlos en lo posible buscarse una nota, tendría que ser la frecuente, enamorada y ahincada contemplación de la naturaleza, expresada por cada cual en la forma y modo que las circunstancias imponen. Por cima de las clasificaciones, no siempre científicas; al través de los tiempos, que pasan imprimiendo carácter á la poesía, á los poetas, á los que les escuchan ó leen; descontando las variaciones del gusto, se diría que hay una fuente de inspiración común, un impulso que siguen fervorosamente todos. Por eso no tiene que sonar irreverente en nuestros oídos la comparación que se hace, la afinidad que se descubre, la filiación que ha querido establecerse de Fray Luis de León á Gabriel y Galán:

¿Cómo sería posible, al reconocer la influencia penetrante de esta naturaleza, su presencia real en la poesía, que no surgiese, avasalladora, el alta figura, cuya visitación ni un momento abandona estos lugares; aquella que, suprimiendo en frase memorable, lapidaria, el tiem-

po transcurrido entre dos lecciones, pareció dictarnos á la vez la eterna recordación de lo que merece memoria, y el eterno olvido de lo que nada significa? No es fácil prescindir de nombrar á Fray Luís de León; pero en este culto á la vida campestre, que el Maestro cantó con tan elegante mezcla de epicureismo pagano y melancolía cristiana, se le adelantó otro poeta bien distinto: vuestro Juan de la Encina. Juan de la Encina es una de esas fuenteccas retozonas y parleras, de donde toman origen y caudal anchos ríos; en él despunta nuestro teatro con su democrática amalgama de clases sociales, con su realismo en la pintura de las costumbres, con su mezcla de duquesas y villanos, hidalgos y bobos, predecesores de Sancho Panza, que es un tipo arrancado al fondo popular, y para crearlo le bastaría á Cervantes conocer los donaires rústicos de Lucas Fernández y Juan de la Encina, sus Brases, Giles, Miguellejos, Piernicurtos y Rodrigachos, nombres que de una legua huelen á majada, á labranza y pastoreo. Estos fecundos precursores no sólo contienen en capullo nuestra dramática, sino la poesía bucólica, la cual á Juan de la Encina le parecía cosa baladí, pues en una de sus églogas nos advierte que no creamos que toda su obra es pastoril, según algunos dicen, sino que á más se extendía

su saber. Y, en efecto, Agustín de Rojas nos enterá de cómo los poetas dramáticos, en un principio, escribieron farsas de pastores, con pellicos y zamarras por vestuario; pero que, refinada la aspiración y adelgazado el ingenio, introdujeron amoríos, damas, galanes, cintarazos; y al encumbrarse más aún, sacaron á plaza figuras graves de reyes y reinas.

Tal es la tiranía de las ideas sociales sobre la inspiración. Se han necesitado siglos para que, caminando río arriba, nos parezca preferible el olor á hierba sanjuanera y el sabor á recién ordeñada leche de Juan de la Encina, cuando hace hablar á lo charresco á sus pastores ó sorprende cómicos aspectos de la vida estudiantil en el *Auto del Repelón*, y la grata frescura de los Pasos y Coloquios de Lope de Rueda, á muchas comedias de enredo, capa y espada; y hasta Juan de la Encina hemos de retroceder para saber de dónde procede la poesía bucólica de esta tierra, desde la culta y erudita, hasta la espontánea y popular. Así, en los albores del arte, encontramos siempre, como nutriz robusta, á la naturaleza, al sentimiento peculiar que en cada espíritu despierta esta gran madre.

Es sin duda tal sentimiento algo constante, que resiste á los cambios y transformaciones de la literatura. Suponed dos hombres tan diferentes como el preste Gonzalo de Berceo y

el maestro Fray Luis de León; el humilde romanzador y juglar de la Edad Media, que se contenta con atribuir á sus poemas el valor de "un vaso de buen vino,, y el vate de alto vuelo, discípulo de Platón, el humanista del Renacimiento, que escuchó la armonía de las esferas y el concierto de los astros; y ese deleite puro, íntimo, esa revelación de lo arcano de la naturaleza, ese Edén interior donde sólo habitan los contempladores y ensoñadores, hallaréis que, cuatro siglos antes de Fray Luis, habían sido residencia del poeta de la duodécima centuria, cuando nos lleva á reposar en aquel prado,

*«verde é bien sencido, de flores bien poblado,
logar cobdiciadero para un omne cansado»,*

y en el cual

*«daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en omne las caras é las mientes,
manaban cada canto fuentes claras, corrientes
en verano bien frías, en invierno calientes»:*
.....

*«Avie grant abondo de buenas arboledas,
milgranos é figueras, peros é mazanedas,
é muchas otras frutas de diversas monedas,
mas non avie ningunas podridas nin azedas.
La verdura del prado, el olor de las flores,
las sombras de los árboles de temprados sabores,
refrescaronme todo, é perdi los sudores,
podrie vevir el omne con aquellos olores.*

*Nunqua trové en sieglò logar tan deleitoso,
nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso;
descargué mi ropiella por iacer más vicioso,
poséme á la sombra de un arbor fermoso».*

En esta poesía el habla hállase medio envuelta aún en sus pañales latinos; el martilleo y repetición de los rasgos descriptivos pertenece á la retórica del instinto, ingenua, infantil. Nadie negará que en el maestro León el idioma se muestra ya nervudo, fuerte, forjado, y que Fray Luis es además un artista excelso; pero hay en Berceo igual emoción ante el sublime espectáculo. Que Berceo viva en el siglo XVI, y dirá con mayor exquisitez y finura:

*«el aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea...»*

con lo demás que debe omitirse en signo de veneración, suponiendo que no lo ignora nadie.

Para que la analogía se complete, también Berceo, allende la natural hermosura, ve el signo y representación de belleza más alta, y con su unción piadosa de santo de portada románica nos lo comunica:

*«Palabra es oscura, esponerla queremos;
tolgamos la corteza, al meollo entremos;
prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos»,*

agregando aquel simbolismo de una romería en que todos somos romeros, y que es el vivir, y la aspiración mística, afanosa, al verdadero huerto primavera, el de perpetua flor:

«*Quanto aquí vivimos, en ageno moramos;
la ficanza durable, en suso la esperamos;
la nuestra romería, estonz la acabamos,
cuando á paraíso las almas enviamos.*»

Este mismo anhelo, la intuición de otra perfecta vida por la serena contemplación de la naturaleza en la presente, es el ansia de Fray Luis, lo que le dicta su *Canción á la morada del cielo, al alma región luciente, al prado de bienandanza*: prado, como el de Gonzalo de Berceo, que no se marchita, que no conoce el hielo ni el agosto.

He querido recordar al viejo Bercéo, porque su comparación con Fray Luis demuestra dos cosas: que el sentimiento se identifica sobre diferencias de tiempo y modo, y que cuando se une la forma selecta al sentimiento, engendra sublime poesía.

Para seguir la corriente que va de estos poetas de los siglos XII y XVI á Gabriel y Galán, no he menester, ni el espacio lo permite, estudiar detenidamente al autor de la *Noche serena*, ni explicar cuánto debió, á mi parecer, á los *Autos* de poetas tan olvidados como Pedro Al-

tamira, ni menos aún mezclarme en las acaloradas controversias que todavía hoy suscitan sus escritos, sus opiniones y los hechos culminantes de su biografía. Bástame saber que fué amante contemplador de un paisaje salmantino, en el cual reflejó, como hoy diríamos, su estado de alma, y que en prosa y verso, en *los Nombres de Cristo* y en las *Canciones*, ha impreso aquí una huella sentimental, imborrable y luminosa. Por él, en primer término, parece aquí la Naturaleza más compenetrada con el espíritu del hombre, que en ninguna otra región de España; esto se debe en gran parte á Fray Luis, como ahora se debe á Gabriel y Galán que resurja igual sentimiento con intensa dulzura y sereno vigor. No conozco el valle del Zurguén, tan ensalzado por los poetas pastoriles de la segunda escuela salmantina; no sé si estaba más en lo cierto el genial y extravagante Piscator al calificar á ese arroyo visitado por las Musas de sucio y negro borrón del purísimo cristal del Tormes, y á sus céspedes de pajizos; tampoco he visitado aún el retiro de La Flecha; pero sé que á uno y otro lugar vino en peregrinación mi fantasía mil veces, y que, sin pretensiones de que lo real se ajustase á lo soñado,—he supuesto á los poetas arcádicos convertidos en zagales estilo Vatteau, con peluquín empolvado y media de seda, afectados,